

## Prólogo

Pues sí, cuando a alguien le dices que tienes una familia numerosa, las caras son indescriptibles y las preguntas, muy divertidas, aunque nada originales: «¿Con la misma mujer? ¿Te sabes los nombres de todos? La cena de Navidad será tremenda, ¿no?».

O sea, que no te dicen que eres un extraterrestre, pero casi casi. Luego añaden que a ellos les hubiera gustado tener muchos hijos y luego te explican por qué no los tuvieron, detalle que, en confianza, a uno no le importa nada.

En el caso de Teresa e Ignacio, a los 10 hijos se juntan los 32 nietos, las 5 nueras y los 2 yernos, que suman un total de 48 personas, hay que añadir a los padres, lo que hace que el título del primer libro, *Cuando el nido se queda vacío* sea más falso que Judas. Porque, gracias a Dios, el nido no se queda vacío NUNCA. Siempre hay alguien que viene de visita, a desayunar, a comer o simplemente a estar, mientras va recordando lo bien que se vivía allí dentro.

(Hay que tener en cuenta que de los 32 nietos hay uno que está en camino y que cuando este libro ande por la tercera edición, ya habrá nacido).

En estas páginas se describe cómo es la familia numerosa de Teresa e Ignacio. Señalo esto porque cada familia numerosa –y cada familia no numerosa– tiene su propia personalidad, reflejo de la de los padres, con lo que advierto que este no es un libro de recetas. Si yo hablase de mi familia, las «recetas» serían distintas, porque nuestra familia es distinta, como debe ser.

Por cierto, hablando de mí, me pregunto: «Y tú, ¿quién eres para escribir este prólogo?». La contestación es muy sencilla. Desayunando un día en la cafetería de la Clínica Universidad de Navarra, en Pamplona, se me acercó un matrimonio con muy buena pinta, me comentaron que habían publicado un libro y que estaban preparando otro, también sobre la familia. Como también me dijeron que tenían muchos hijos, me lancé y me ofrecí a escribir el prólogo. Promesa que olvidé inmediatamente, hasta que, hace unos días, recibí un correo de Ignacio, recordándome la promesa que «tan amablemente» había hecho y añadiendo que la editorial estaba esperando a que yo se lo enviara, con lo que el único obstáculo era mi posible lentitud.

A las preguntas que he reproducido al principio de este escrito, se suelen añadir dos: a) «Vuestra casa será como un cuartel, ¿no?»; b) tu mujer no habrá podido trabajar, ¿verdad?». Y una cosa más, que no es pregunta, sino una mezcla de admiración/compasión: «No sé cómo os organizáis. Yo, con dos, ya no llego...».

Repaso lo que me sucedió en la cafetería de la Clínica, y pienso en la suerte que tuve aquel día, cuando se me acercaron Teresa e Ignacio, cuando les prometí escribir este prólogo y cuando, absolutamente olvidado de mi promesa, recibí la amabilísima coacción de Ignacio diciéndome que la editorial me estaba esperando.

Lo mejor que se puede decir de este libro es que es «animante». Un libro que anima, optimista y necesario, porque, en confianza, hay demasiados cenizos sueltos por ahí y que, como no tienen nin-

guna ilusión, intentan esterilizar las ilusiones por las que luchamos los demás.

Esta es una labor social, de mejora de la sociedad, por la que solo puedo decir: «Teresa e Ignacio, ¡¡GRACIAS!!».

San Quirico, 4 de marzo de 2018

P.S.: Por cierto, el libro es BUENÍSIMO.

*Leopoldo Abadía*